

tes que resultan de aparecer Alamán en el ministerio.

— Yo conozco al General Santa Anna, replicaba el ministro, y una vez que se ha empeñado en tener junto á sí á Alamán, es necesario que se desengañe viéndolo de cerca; nada he querido decirle contra las personas sobre quienes él ha fijado de antemano su elección. Ahora lo que importa es que usted entre y aparente conformidad con todo lo hecho; veamos si podemos impedir que el señor Alamán lleve al ministerio de Fomento al señor Jáuregui, gobernador que fué de Querétaro y que es más entusiasta respecto á jesuitas que el padre Aguiar. Cuando yo salía, lo proponía al Presidente.

— Yo, exclamaba don Juan, no tomo parte más en estos negocios; me voy, porque tengo muchos asuntos que despachar y que firmar; es día de correo. Si yo hubiera sabido el desenlace de mis sacrificios, me habría estado quieto; no dejo en el acto el ministerio, por no dar un escándalo y á usted un disgusto...

— Calma, calma, repetía Tornel con sonrisa de escéptico.

Al fin la combinación quedó hecha: Alamán, relaciones; Tornel, guerra; Haro, hacienda; Lares, justicia.



#### CAPITULO XIV

##### Término de mis amores y principio del gobierno santanista

**A**l fin tuvimos correo regular del interior. Ocurrió á la casa de Guardiola, y en las listas vi mi nombre manuscrito. En un momento pagué la peseta, me dieron mi carta, y después de abrirla me puse á leerla en el zaguán de la oficina. Era una epístola del padre Luna, que con distingos y consuelos, con amabilidades y frases bonitas, trataba de hacerme tragar la píldora del próximo matrimonio de Trini.

«Eran ustedes de muy pocos años cuando anudaron  
»lazos cuya importancia y duración no podían calcular.  
»Ni tú tuviste un átomo de culpa asegurando á la niña  
»que la querías, ni ella faltó en nada sosteniéndote lo



» mismo. ¿Qué van á saber de amor dos adolescentes,  
 » casi dos niños, que confunden el natural cariño de  
 » personas que siempre han vivido juntas, con cosas  
 » más altas y que no es dado sentir á los chicos de  
 » esa edad?»

Luego, saltando líneas, leí:

« Ella que es, como tú sabes, niña honrada y de buen  
 » natural, movida de las exhortaciones, convino al fin en  
 » que nada sabía de estas cosas, y que el esposo que le  
 » convenía era el que sus padres le escogieran.»

Y poco después decía:

« Buenaventura ha salido para esa capital á comprar  
 » las donas, pues quiere que se hagan la boda y los festejos  
 » consiguientes á todo costo. El muchacho no te guarda  
 » rencor por la herida que le causaste en Guadalajara,  
 » pues reconoce que no hubo de tu parte dolo ni ventaja, y  
 » está dispuesto á darte la mano si es que se encuentra  
 » contigo, pues dice, y dice bien, que no hay lugar á dis-  
 » putar desde el momento que la criatura ha dado el sí á  
 » sus pretensiones y desairado las tuyas.»

La carta concluía:

« Así, pues, Juan de mi alma, discípulo muy amado, te  
 » exhorto á la conformidad y á la resignación. De seguro  
 » este amor no te convenía, y el Señor te destina á otra  
 » mujer, si es que ha dispuesto seas casado. Y al mismo  
 » tiempo que esto te digo, te prevengo que no hagas la

» locura de querer presentarte á interrumpir el matrimo-  
 » nio, pues cuando ésta recibas, los muchachos estarán ya  
 » unidos en haz y paz de la santa Iglesia, y yo bien sé que  
 » no eres tú quien  
 » ha de venir á in-  
 » quietar á una  
 » mujer casada ni  
 » á promover ca-  
 » morra al ma-  
 » rido.»

Sentí que una  
 ola de calor me  
 invadía el cuer-  
 po, sentí luego  
 una onda fría,  
 conocí que esta-  
 ba sudando; per-  
 dí la noción de  
 donde me encon-  
 traba y me dí á  
 andar calles y ca-  
 lles.

De repente un grupo de transeuntes me arrebató, lle-  
 vándome en dirección desconocida. Inmenso gentío en el  
 atrio de la Catedral, en el Empedradillo, en Santo Domingo;  
 arcos de mala muerte y tropa, mucha tropa. Nada mi-





raba, nada me atraía, todo se me figuraba burla de mi imaginación desarreglada; sólo se grabó en mi retina, como la resultante de aquel día, un trapo tricolor que ondeaba en lo alto de un mástil y un cielo azul que continuaba sereno é imperturbable á pesar de las ambiciones, de los odios y de los amores de los hombres.

Al fin tronó un cañón que repercutió largamente seguido de uno de esos ruidos de intenso regocijo que lanza la bestia humana cuando está ahita de placer ó de sangre; sonaron campanas, redoblaron parches, lanzaron su nota aguda los clarines y su clamor entusiasta las músicas; se agitaron abanicos y pañuelos en lo alto de los balcones, colgados de draperías de colores vivísimos; la muchedumbre se rebulló como monstruosa serpiente, y una multitud de uniformes, de presillas, de charreteras de canelones, invadió el espacio que dejaba libre la tropa.

Luego, los vivos redoblaron, se oyó un alarido de satisfacción y una avalancha de léperos con los cabellos hirsutos, al aire pies y rodillas, con aspecto de animales, pero no de animales nobles, sino de animales de carga pacientes y sufridos, desuncieron las mulas de un cóche y lo arrastraron, llevando en triunfo como á un Jagrenat viviente, á un hombre galoneado, bordado y chamarreado como rey oriental.

La misma ola que me había llevado de sur á norte me llevó de norte á sur. Algo más calmado se encontraba

Porta Cœli, tranquilas las calles de Jesús, y la mía como si nada sucediera en el mundo.

Quisiera decir aquí que el choque me produjo una fiebre nerviosa, que me volví loco y que no supe de mí; pero diría una mentira: me metí á mi cuarto y me eché á llorar como un niño de escuela... y después me dormí como un bendito, diré mejor, como un borracho inconsciente.

A eso de las seis mis amigos Covarrubias y Sánchez llegaron á buscarme preguntándome si había ido á la jura y toma de posesión.

— Pues perdiste cosa buena, decía Juan; á bien que ó has de vivir poco ó has de cansarte de ver muchas por el estilo.

— Pero no verá de seguro á un hombre con más bordados que Lombardini; presillas, cruces, escarapela, sombrero, espada y bastón estaban empedrados de diamantes, lucían como ascuas. Una custodia con todo y viril, brillaba menos en manos de un sacerdote habilidoso que este *calabazate* encima de su poderoso caballo.

— Ni verá á esos ayudantes con sus tacones de seis dedos y sus botas charoladas que no les dejaban andar en pie ni tenerse á caballo. Quinientos pesos dieron á cada uno para su uniforme, y creo que algunos gastaron más.

— ¿Y los pobres viejos de la corte de Justicia con sus casacas galoneadas?



— ¿Y los de la contaduría mayor?

— ¿Y los canónigos?

— Cevallos se puso malo — ya sé cuál era su enfermedad: se llama *despechitis* — y dejó que Castañeda tomara el juramento á Santa Anna.

— Bonito el discurso que nos leyó don J. Miguel Arroyo. ¡Ya lo creo que aguardamos grandes cosas del hombre!; pero ¿nos las dará ó saldremos con las manos en la cabeza, como tantas otras veces?

— Yo me fijé en la cara del zacatecano Lares al jurar en la capilla; parecía estar diciendo: «hasta que se me logró.»

— Pero el momento crítico fué el en que Alamán introdujo al salón á Antoine y Zayas para que presentara á Santa Anna la gran cruz de Carlos III, que hace seis años le concedió doña María Cristina.

— Pues yo encuentro que ese crítico momento no fué sino el del *Te Deum* en la catedral. Fíjate, Pérez, y dime si puede haber cosa más bella: el arzobispo de capa pluvial y acompañado de todo su clero; la música preludiando el himno admirable de San Agustín y San Ambrosio; las campanas echadas á vuelo; el presidente y sus ministros bajo palio, saliendo en medio de aquella muchedumbre entusiasta y de aquel lujo portentoso; y el cañón atronando los aires, como marcando el ritmo á la ceremonia sin igual.



... el arzobispo de capa pluvial...



— Luego vino la felicitación del cuerpo diplomático. Neri del Barrio, representante de Guatemala, pronunció un discurso; Monseñor Clementi, delegado del Papa, dijo uno á manera de sermoncico cristiano, que hizo que los circunstantes, rompiendo con la etiqueta, aplaudieran á rabiar; y don Lucas Alamán respondió por S. E., que estaba enfermo de la garganta, y que apenas pudo decir un «Viva la República», como si le estuvieran apretando el pescuezo.

— El Señor no quiera castigarlo por do más ha pecado: por los órganos de la palabra.

— Y esta noche hay gaudeamus en Palacio. Yo vi las mesas puestas para ochenta cubiertos en el corredor que da al Senado. Allí se ostentan los naranjos del panteón de Santa Paula en grandes barriles y luciendo la empresa de la casa: una calavera con sus correspondientes tibias.

— Dios dé buena manderecha á los brindadores para que no vayan á salir con una pata, como ha sucedido en otros tiempos.

— Y consienta que el cuerpo diplomático no desaire al grande hombre.

— Y haga que no se cuelgue algún pendón inglés que ponga fosco al representante de S. M. B.

La caída de mis ilusiones me sumió en la pena más grande, y apenas si ocurría á la ejecución de mis labores en el ministerio. Nada me importaban la política ni la



persona del Presidente, ni mi *carrera*. ¿Para qué quería yo medros y gracias, si no tenía á quien ofrecerlos?

Se me ocurre, ahora que han pasado los años, que había en aquello un poco de fingimiento y otro poco de deseo de probarme á mí mismo que era un hombre *sensible*, como era necesario ser en mis tiempos para aparecer de buen tono; pero como mis sufrimientos no eran por eso menos tremendos, resultaba uno de los mayores desdichados de la tierra.

Con dificultad me arrastraban mis amigos al teatro, y apenas acompañando á Juan Díaz me figuraba hacer algo que cuadrara con el luto que debía vestir mi alma en adelante. En esas excursiones tuve ocasión de ver á la hermosa Anarda, tan bella, tan incitante y tan seductora como no creía que pudiera existir mujer ninguna. La miraba con interés, con admiración, pero sin cariño, sin afecto; á los ojos les decía toda aquella belleza, pero no hablaba á la entraña, por más que yo me empeñara.

Jamás me había atrevido á rondarle la calle por cuenta propia, ni á intentar nada cerca de ella, pues bichoño y todo como era, comprendía que no conducían á nada tales locuras, ni valía la pena de comprometer con ellas la tranquilidad de una mujer que tenía derecho á ser respetada por señora, por bella y por casada.

México no era, como ahora, una Tebaida en que sólo se bebe y se murmura; existían manifestaciones

de sociabilidad que evitaban á los jóvenes frecuentar cantinas y lugares peores. Se bailaba, se tocaba, se jugaban juegos de prendas, y sobre todo se charlaba y se discreteaba estableciendo entre los dos sexos una comunicación saludable y conveniente.

Como yo era muchacho y la democracia mansa que en México imperaba nunca fué exigente en la elección de personas que con ella se rocen, merced á mi fraquecito de botón dorado y á mi figurilla de rubio interesante, me colaba en todas las casas.

Así conocí los salones de los Quijanos, los Mossos, los Calderones y otros muchos, y aun llegué á pisar las alfombras del bello palacio que tenía el doctísimo conde de la Cortina y Castro.

En una de esas casas, por cierto la más hospitalaria, percibí una noche á la célebre Anarda. Hablaba de política con un chico melenudo y de buen porte: Pancho Zarco; de la última novela con un cabezudo gracioso y chispeante, á quien los otros literatos llamaban *Can Azul* en memoria de su padre: José María Lacunza; de amor y platonismo con un antojudo elocuentísimo, que atraía á todo el mundo á su derredor: José María Lafragua; y de todo con todos, con tanta verba, con tanto ingenio, con tanta oportunidad, que las *lionas* de la reunión quedaban arrinconadas y sin empleo.



— Venga usted, me dijo el amigo que me había conducido á aquella casa; venga y lo presentaré con una guapa señora. No es joven, porque proviene del tiempo de la *güera* Rodríguez y aun los lenguaraces dicen que recibió los homenajes del barón de Humboldt como aquella hermosa; no es verdad, porque cuando el sapientísimo geógrafo estuvo en estas tierras, Anarda aun no venía al mundo; pero sí conoció al General Victoria, á Barragán y al Padre Mier. Sin embargo, véala usted y admírese: está tan bien conservada que no parece sino que fué ayer cuando se casó y ayer cuando fué novia del coronel Antúnez.

Era Anarda mujer de exquisita educación, dotada de un ángel y de una simpatía tan grandes, que conducían atados de pies y manos ante aquella tirana que jamás usó de más armas que un primoroso abanico de laca, á cuantos se le acercaban en muchas varas á la redonda.

— Conozco al señor, pues nada menos corteja á una amiguita mía y parienta muy linda.

— No soy yo el cortejante, señora, respóndíle, sino un joven amigo mío, poeta, que está enamorado de la señorita parienta de usted.

Y así siguió la conversación, de cumplido, sin interés; pero para mí decisiva, porque nada menos servía para ponerme á la orden de aquella dictadora de voluntades.

Pasaban los días y no cesaba de encontrarme en alguna casa á la bella mujer, cada vez más atractiva, más sencilla y más graciosa que nunca.

— Déjenme, decía á su cortejo, en compañía de este



pollo, que, ó yo no alcanzo nada, ó tiene que aprender la ciencia del mundo bajo mi dirección.

— Oh, señora, decían los otros, lisonjeros; ¿por qué no nos coge usted á nosotros para enseñarnos esas cosas?